



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 10 DE MAYO DE 2020

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Vida, música y retos

EL SOL SALE CADA MAÑANA...
OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Luisa no se pasaba el día sonriendo y canturreando. No. Estaba atrapada en la vorágine de ir más allá de los reclamos básicos y las necesidades. En qué momento se convirtió a sí misma en la responsable mayor del bienestar, tranquilidad y felicidad de los suyos, no lo sabía, ni siquiera se veía como tal. Algo pasó en su infancia que en cuanto fue creciendo, se convirtió en la madre y padre de todos a su alrededor; de suerte que, una vez casada, el papel se le fue arraigando.

Jamás se cuestionó si su constante estrés, que no ignoraba se debía en parte a la relación complicada con un marido celoso, y las demandas cada vez en aumento de su trabajo como consultora financiera de dos compañías, podría llegar a enfermarla. Vivía con intensidad cada día, incluso cumplir con la tarea de madre a pesar de disfrutarla, no siempre le resultaba tranquila, ni gozaba de los mejores momentos con sus hijos: siempre corriendo de un lado a otro. Los inscribía en cada deporte, actividad o curso que ellos deseaban, más los que ella misma les elegía, y nunca se quejó o dejó de hacer cualquier cosa por sus hijos.

La vida de una mujer casada o no, con hijos, nunca es simple ni sencilla, menos cuando esa mujer como Luisa deseaba darles más de lo humanamente posible, para hacerlo sola. Y, para qué, se preguntaba ahora; para que habiendo crecido reclamen por lo que les faltó, o lo que la madre no hizo por ellos, o que no estuvo cuando tuvieron miedo.

Si lo hubiera sabido veinticinco años antes, quizá nada habría sido diferente. Habría hecho todo exactamente igual. Tan solo no habría arrojado la secreta ilusión de que todo cuanto ella sacrificaba la recompensaría un día, cuando los hijos estarían agradecidos y orgullosos de su madre. Y no que le reclamaran, porque nada había que reclamarle.

El cielo se nubló repentinamente, no había pronóstico de lluvia y, no obstante, cayó un fuerte chubasco, con grandes gotas, granizo y viento: una tormenta en pleno inicio del verano. "Buen pronóstico, Luisa", dijo su marido, será un verano templado, no tan caluroso como otros. Como si el cielo se apiadase de la tristeza que la invadía, le mandó una tormenta que limpió sus lágrimas, clarificó su pensamiento y puso en la dimensión exacta los sentimientos que la invadían, la emoción le cambió: sonreía feliz y se alegró de no caer absurdamente en lo melodramático.

Tantos momentos de felicidad le regalaban sus hijos, que ella necesitaba inventarse historias tristes para no sentirse demasiado feliz, no quería parecer una pesada: las envidias son una plaga inextinguible.

Todas las madres tienen sueños que empezaron en el momento en que por amor se unieron al hombre elegido para compañero de vida. Y, en cuanto tienen al primer hijo, saben que su dicha será plena.



Luisa lo supo, lo sabía, nada podía robarle esa felicidad; ni siquiera el enojo o reclamo eventual de los hijos sobre lo que hizo o dejó de hacer por y para ellos. Tampoco el celo del padre que por siglos ha sabido del fuerte sentimiento que une a madres e hijos. Quizás, eso sea la causa - algunas veces - del alejamiento del padre.

El cansancio jamás la agotó, su motor se recargaba con cada sonrisa, cada abrazo, cada pequeño detalle de sus hijos.

"Me cantabas cuando me llevabas en tu vientre madre". La pregunta la dejó helada, pues pensó: qué le digo que... Deseaba que se lo hubiese preguntado en persona, ya que la habría visto sonreír y titubear; pero, eran los tiempos de la terrible pandemia: no se veían. No. ¡Claro que no!, contestó Luisa; mi canto te habría asustado o perturbado en alguna forma. Nunca he cantado, y sé que soy desafinada. Si acariciaba mi abdomen y te sonreía, te mandaba besitos y hablaba de la emoción con que esperaba tu arribo.

Luego recordó que tanto a uno como a otro hijo les cantó de bebés y ya niños. También recordó la música que escuchaba cuando ellos eran muy pequeños. La que se oía en casa ya más grandecitos, de siete, ocho, nueve y adolescentes; esas, ambos hijos también las recordaban. ¿Sabías que la música influye mucho en el desarrollo de los niños?, la cuestionó nuevamente. Entonces, ella respondió tras el auricular: ¿dudas que lo

sepa? Mírate tú, y mira a tu hermana...

Todo el estrés vivido, las prisas, el escaso tiempo, las discusiones con la pareja, los sacrificios de la vida personal, todo valió la pena vivirlo. Como que el sol sale cada mañana y brilla esplendoroso para esta, y muchas madres más (pensó Luisa).

QUIETOS BAJO EL AGUA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

"Respiren profundo", dijo la maestra Elena frente a la cámara de su celular, para luego continuar diciendo: "Con calma, vayan bajando los brazos y las manos en la posición de garra indefensa", mientras ella, de pie y frente al grupo que la observaba por celular, imparte su clase de tai chi. Cada alumno: en sus casas, repitiendo los movimientos de la maestra, se encuentra conectado a través de Zoom y del internet. Pero también, el grupo va conectándose poco a poco con sus recuerdos, viajando por el estrecho fluvial de sus memorias, escuchando música relajante.

Rogelio comienza a sentir estresados sus músculos de la espalda. ¿Qué podía estar causándolo? Percibió una emoción triste, propia del abandono, y recordó una imagen de niñez, de hacía treinta años, que guardaba vívidamente: Él, a los tres o cuatro de edad, llorando frente a la ventana delantera de su casa, esperando a que alguno de sus padres llegara. La niñera, preparando la comida en la cocina. Luego, un recuerdo de

un par de años más tarde, mientras era bañado por otra niñera, con odio. Ella lo empuja dentro del agua con furia, hasta ahogarlo momentáneamente dentro de la tina de la bañera. Minutos después, la llegada de su madre, quien desde la entrada de la casa escucha los gritos: del pequeño, por la desesperación de sentirse frente a la muerte, y de la otra: llena de rabia porque el niño no quiere bañarse.

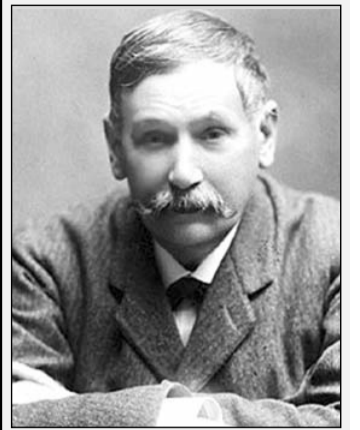
La madre de Rogelio entra al baño y sorprende a la niñera; una joven. Saca al niño del agua y le pide que se vista solo: quizás él nunca lo ha hecho completamente por sí mismo. La madre toma a la niñera del brazo y le pide que tome sus cosas, le dice que la llevará a su propia casa y que ahí se quedará; que ya no volverá. Luego toma en brazos a su otro bebé, una niña. La siguiente imagen: Rogelio en el asiento trasero del auto de su madre, observando las luces encendidas afuera de la casa de la niñera. El silencio. De pronto: el ruido de los grillos del verano. Su madre, adentro de aquella casa, explicando lo sucedido a los padres de la niñera.

Rogelio regresa a sus treinta y cinco años y a sus ejercicios de tai chi frente al teléfono celular. ¿Por esas experiencias de niñez es que le duele quedarse solo? ¿Así le hieren las separaciones? En la actualidad, acude a su oficina de nueve de la mañana a nueve de la noche, dibuja planos y diseña casas. Como arquitecto, le obsesionan las ventanas, los baños. Como novio, cada fin de semana recibe la visita de Mónica y le duele que ella regrese a su propia casa los domingos por la noche.

Al quedarse solo, abre su alacena y descorcha la primera botella de vino, y luego otra, y una vez ebrio, le marca a su pareja para reclamarle algo, la manera de ella para relacionarse con sus amigos, los celos que él siente. Es una batalla campal la que se desarrolla en el pecho de Rogelio y que llega hasta su boca, que sale mediante un grito ahogado pidiendo que alguien lo salve. Gritos que escupen agua y ahogan el corazón de Mónica.

Y cada vez se levanta más tarde los lunes. Lo invade la tristeza cuando recuerda lo que ha provocado su enojo. Llega a su oficina a las doce del mediodía. Ahí también está en peligro: podría ser despedido. Su vida va dando tumbos: derribando los muros que sostienen lo que ha construido a lo largo de su existencia.

Rogelio debe continuar conectándose consigo mismo. Por eso, Elena lo refirió conmigo, desde su clase de tai chi. Rogelio acude a psicoterapia musical. En el consultorio, le enseña una imagen de la pintura de Millais de Ofelia muerta, en el agua. Me atrevo a decirle que un día, podría él mismo ahogarse y ahogar con él a Mónica. Se recuesta en el sillón, emocionalmente sacudido. Yo enciendo las bocinas y toco en el reproductor la obertura Romeo y Julieta de Tchaikovsky. Él se sumerge en sus sentimientos de tristeza y enojo, y decide que hay algo en su vida que debe cambiar, acepta que sufre una herida que debe sanar.



Benito Pérez Galdós

(Las Palmas de Gran Canaria, 1843 - Madrid, 1920) Novelista, dramaturgo y articulista español, máximo representante (junto con Leopoldo Alas «Clarín») de las corrientes realista y naturalista en la narrativa española. Benito Pérez Galdós nació en el seno de una familia de la clase media de Las Palmas, hijo de un militar. Recibió una educación rígida y religiosa, que no le impidió entrar en contacto, ya desde muy joven, con el liberalismo, doctrina que guió los primeros pasos de su carrera política.

Cursó el bachillerato en su tierra natal, y en 1867 se trasladó a Madrid para estudiar derecho, carrera que abandonó para dedicarse a la labor literaria. En 1870 apareció su primera novela, La sombra, de factura romántica, a la que siguió ese mismo año La fontana de oro, que parece preludiver los Episodios Nacionales.

Dos años más tarde, poco después de la muerte de su padre y mientras trabajaba como articulista para La Nación, Benito Pérez Galdós emprendió la redacción de los Episodios Nacionales, probablemente inspirado en los relatos de guerra de su progenitor, que había participado en la guerra contra Napoleón. El éxito inmediato de la primera serie, que se inicia con la batalla de Trafalgar, lo empujó a continuar con la segunda, que acabó en 1879 con Un faccioso más y algunos frailes menos. En total, veinte novelas enlazadas por las aventuras folletinescas de su protagonista.

Durante este período también escribió novelas como Doña Perfecta (1876) o La familia de León Roch (1878), obra que cierra una etapa literaria señalada por el mismo autor, quien dividió su obra novelada entre «Novelas del primer período» y «Novelas contemporáneas». Este segundo grupo se inicia en 1881, con la publicación de La desheredada. Según confesión del propio escritor, con la lectura de La taberna, de Zola, descubrió el naturalismo, lo cual cambió la manera de sus novelas, que incorporarán a partir de entonces métodos propios del naturalismo, como es la observación científica de la realidad a través, sobre todo, del análisis psicológico, aunque matizado siempre por el sentido del humor.

Bajo esta nueva manera escribió alguna de sus obras más importantes, como Fortunata y Jacinta (1886-1887), Miau (1888) y Tristana (1892). Todas ellas forman un conjunto homogéneo en cuanto a identidad de personajes y recreación de un determinado ambiente: el Madrid de Isabel II y la Restauración, en el que Galdós era una personalidad importante, respetada tanto literaria como políticamente.

En 1887 ingresó (tras un primer intento fallido en 1883) en la Real Academia Española. Durante los últimos años de su vida se dedicó a la política; en la convocatoria electoral de 1907 fue elegido por la coalición republicano-socialista, cargo que le impidió, debido a la fuerte oposición de los sectores conservadores, obtener el Premio Nobel. Paralelamente a sus actividades políticas, problemas económicos le obligaron a partir de 1898 a continuar los Episodios Nacionales, de los que llegó a escribir tres series más.

Mónica Lavín

Regalo del Día de las madres

Hemos evitado a lo largo de la vida celebrar el 10 de mayo en algún restaurante, hemos huido de las multitudes, del cliché, pero a veces hacíamos comidas de familia. Aunque sí los días de la madre caían entre semana, la ciudad se ponía imposible. Algo parecido a un 14 de febrero, a un 15 de septiembre, a los días de aguinaldo en diciembre. Recuerdo aquel en que mi madre y yo avanzábamos por Insurgentes hacia el sur para llegar a la comida donde la celebraríamos a ella y a mí en casa de mis padres. Seguramente habíamos trabajado en la tienda que ellos tenían en la Zona Rosa porque ese era día taquillero: una bolsa, una mascada, hasta una espléndida chamarra o pantalones de cuero para las madres de todas las edades. La hora de la comida se fue desvaneciendo en un recorrido lento, absurdo, en el que empezó a llover y nuestra desesperación por llegar a la mesa donde nos esperaban padres, hijos, hermanos creció. No eran tiempos de celulares y nada se podía avisar. Insurgentes era un tren detenido. El agua se acumuló en las calles y suavemente entró por alguna ranura en las puertas de mi bocho (el que luego me robaron en pleno día, con todo y bastón para impedir su movimiento. Aquel robo coincidía con el Día del padre, pues recuerdo que encendí mi coraje saber que con el coche se llevaron el libro

sobre el tequila que le llevaba a mi papá.)

Comprenderán que desconfie de esas celebraciones, aunque entre el agua que se filtraba lentamente y nos iba mojando las suelas de los zapatos dentro del coche, mi madre y yo optamos por abandonar la posibilidad de llegar a la comida donde éramos las festejadas y decidimos distraer el temor a la calle río, platicando, ya no recuerdo de qué, pero incluso nos reímos. Entre mi madre y yo teníamos esa consigna, no olvidar la risa. Yo le tenía prohibido enfermarse, se lo dije muchas veces, aunque al final no me hizo ningún caso y el último día olvidamos la risa.

Por eso en la víspera del 10 de mayo y de cara al no festejo obligado de este año, pienso en que ahora, por llevar la contra, y porque mi corazón tiene sed de los abrazos que dé y reciba de mis hijas (y los añorados de mi madre) quisiera tener esa reunión. Y reírnos como lo hacíamos mi madre y yo, y no tener que decirnos nada. El coronavirus nos ha obligado cada vez que nos comunicamos ansiosos de no perder nuestros lazos con el mundo de los afectos, a hablar, a sustituir miradas y tacto por palabras. Por eso quiero pedir un regalo. Mis hijas me han dado los más atinados, claro, me conocen. Quería con tanta vehemencia un pimentero Peugeot laqueado, que hace un ruidito dentado cuando le das la



vueltas para triturar los granos, que me lo compré justo el día que ellas me regalaron otro. Alguien preguntó en otra ocasión qué regalo me sorprendería más y dije que un boleto para ver a los Rolling Stones; no me di cuenta pero ellas se miraron satisfechas. Ya habían comprado tres para ir juntas. Por eso no debería pedir, estoy segura que ellas saben que lo que quiero es un vale, como esos que nos hemos dado en Navidad: vale por un viaje, vale por un masaje, vale por ropa en cuanto empiece la barata... Un vale que garantice una tarde soleada en que nos podamos las tres tirar en los sillones, o en la cama, a decir alguna tontería, reírnos de algún recuerdo y

quedarnos calladas escuchando la suave cadencia de nuestra respiración. ¿Será mucho pedir? Quiero una garantía de futuro, donde tenga sentido ser madre para cuidarlas, abrazarlas, escucharlas en persona, observar sus gestos, aspirar sus aromas, llevarlas a comer, cumplirlas un capricho, consentirlas. Tener el placer de pronunciar la palabra hijas, con todo el peso de su sentido, y celebrar también que mi hija mayor pueda llamar hijo a mi pequeño nieto. ¿Será mucho pedir? Hoy no me queda más que hacer lo que hubiera hecho mi madre ante la adversidad, tomar el bombín y un bastón y con el pasito clásico de Chaplin echar a andar en el confinamiento de casa.

ad pédem literae

"El que tiene lo bastante para poder hacer bien a otros, es rico."

Thomas Browne

Letras de buen humor

"Lo bueno del cine es que durante dos horas los problemas son de otros"

Pedro Ruiz